

EL SIGILO DE LA LLUVIA

Francisco Ramírez Viu

ANROART EDICIONES, 2004

PREMIO FRANCISCO UMBRAL DE NOVELA, 2000

214 PÁGINAS

ISBN: 978-84-934168-1-2

(FRAGMENTO)

En el prado pastaban las vacas de varias familias. Su madre tenía seis suizas que daban mucha leche, y ella la ayudaba a ordeñar. Una vez por la mañana y otra por la tarde. Todos los días, cuando apenas había salido el sol, salían de casa y subían la cuesta de la iglesia hacia los prados, más allá de la tenería. Las gallinas se apartaban temerosas a su paso, con su continuo murmullo de locas picoteando la tierra. Marcelina era la vaca más vieja, y en sus mejores días llegó a dar cincuenta litros diarios de leche caliente y espumosa. Su madre hervía la leche en un caldero rojo sin asas y siempre aseguraba que vendrían tiempos mejores y ella pensaba en un sol muy gordo y tardes de chapoteo en el río. Pensaba mucho en el agua del río. No encontraba nada más hermoso. Su madre estaba más alegre junto a la corriente. Solían sentarse en una pequeña playa rodeada de juncos sobre una arena siempre húmeda, donde los pececillos casi se asomaban a la orilla. Enfrente se veía una casa escondida entre el verde de los alisos, la casa de las flores, la casa más bonita que ella conocía. En la playa las tardes transcurrían lentas y brillantes al borde del agua, más allá del tiempo, más allá del dolor que ella adivinaba en el rostro de su madre, más allá del pueblo, en un fresco oasis de juncos y aulagas.

Todo su recuerdo se encontraba inundado de barbos y bogas, de grandes cigüeñas que aterrizaban con elegancia en las riberas y de libélulas azules, volando inquietas de piedra en piedra.

—¡Miguel, bájate ahora mismo de ahí!

Su hermano se había conseguido encaramar a un bloque de granito a escasos metros de la orilla.

—Mira, sin miedo.

—Mamá dice que te bajes.

Miguel se hizo el sordo.

—Tengo una flecha.

—Es un palo.

—Es una flecha mágica. Y si la tiro parece un tornillo.

—Mamá dice que te bajes.

—Antes me he dado en la herida de ayer —se quejó.

—Pues date, a mí me da igual.

—Voy a esconder la flecha.

—Mamá te va a castigar.

Miguel tenía esa tarde una rara determinación.

—No me importa.

Su madre se levantó perezosamente del suelo.

—Te he dicho que te bajes de esa piedra ahora mismo. ¡Ahora!

Miguel se hizo el remolón.

—¡Vas a ver lo que es bueno! —dijo mientras entraba en el agua con la falda negra remangada.

Miguel se sobresaltó y perdió el equilibrio encima de la piedra. Ella le vio resbalar precipitadamente y quedar tendido en el lecho del río, entre los pequeños cantos redondeados, poniendo en fuga a todos los pececillos de los alrededores.

(...)